

PERCY VÍLCHEZ VELA

Amazonía, caucho, historia
Ensayos desde la floresta



Primera edición, octubre de 2023

© *Amazonía, caucho, historia. Ensayos desde la floresta*

© Percy Vilchez Vela

vasquezj2@hotmail.com

© Tierra Nueva

Calle Trujillo 1565, Punchana, Maynas, Loreto, Perú

Teléfono: 065-251421

tierranueva1998@gmail.com

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º: 2023-09536

ISBN: 978-612-4142-93-2

DISEÑO Y MAQUETACIÓN: Juan Carlos Bondy

CORRECCIONES: Alberto Chirif y José Rodríguez Sigvas

CUIDADO EDITORIAL: Jaime A. Vásquez Valcárcel

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio,
en forma idéntica, extractada o modificada y en cualquier idioma,
sin permiso del editor.

Se imprimieron 1000 ejemplares en los talleres
de Imprenta Gráfica Daniela de Jaime Vásquez Valcárcel
Jr. Trujillo 1565, Punchana, Iquitos, Perú
Octubre, 2023

Impreso en Perú / Printed in Peru

Contenido

El linaje de los orígenes	
La historia desconocida de los iquitos	9
<i>Apuntes sobre la ciudad que los nativos jamás imaginaron,</i> <i>prólogo de Paco Bardales</i>	10
<i>La isla de los desterrados, colofón de Gerald Rodríguez</i>	189
Los dueños de astros ajenos	
La historia desde la visión amazónica	191
<i>Los dueños de astros ajenos: el descubrimiento de lo conocido,</i> <i>prólogo de Alberto Chirif</i>	192
Época del caucho. Retratos del horror	453
<i>Percy Vilchez y el ojo que piensa, prólogo de Jorge Nájjar</i>	454
Julio C. Arana. El pordiosero de la fortuna	545
<i>El pordiosero de la fortuna, el oxímoron de Percy Vilchez,</i> <i>prólogo de Marco Antonio Panduro</i>	546
La influencia perpetua del caucho	819
<i>La influencia perpetua del caucho: una lectura necesaria,</i> <i>prólogo de Japhy Wilson</i>	820

El linaje de los orígenes

La historia desconocida de los iquitos

Prólogo

Apuntes sobre la ciudad que los nativos jamás imaginaron

Existe una ruta tácita que recorre, cual espectro vigoroso y espe-luznante, las páginas de *El linaje de los orígenes*: aquella que nos conduce hacia la génesis de la ciudad que los nativos jamás imaginaron, según palabras de su autor, Percy Vilchez Vela.

Desde aquel 1789, en que el nombre de San Pablo del Nuevo Napeanos desaparece y se plantan en el imaginario y en la cotidianidad aquella «sonora y retumbante palabra Iquitos», se ha vislumbrado un cementerio del olvido, donde están sepultada la historia de los que habitaron primigeniamente los territorios amazónicos, en especial los iquitos, linaje emblemático de nuestros trópicos debido a su dominio y conocimiento del entorno, a su conocimiento de los secretos de la flora y la fauna, o sus vínculos con los inicios de la mítica como misteriosa ciudad homónima.

Señala Vilchez que «todo acontecimiento contrario al linaje, toda presencia extraña al reino, toda agresión perturbadora estuvo relacionada con la aparición inesperada del tigre» (p. 40). Simbólicamente, aquel tigre está vinculado con la incursión de los llamados *castellanos*, recién llegados de ultramar, quienes lograron, tras varios intentos fallidos —desde mediados del siglo XVI—, incursionar y descubrir los asentamientos de lo que sería más adelante la capital amazónica peruana.

Nos conectamos con esta cosmovisión a través de la reconstrucción de fuentes originarias de toda índole, pero sobre todo al testimonio del habitante fundador del linaje, quien canta sus venturas o desventuras, encaramado sobre su propia espiritualidad, y resiste de modo implosivo o expresivo los asedios de conquistadores, evangelizadores o devotos de la ciudad y su caos contenido. La rebeldía

iquito abarca la imposición de una historia oficial, extraña y ajena, que los describía como violentos, furiosos y beligerantes.

Con minuciosidad y precisión se van revelando diversos escritos, testimonios y documentos, mayormente redactados por religiosos, consignando puntos de vista y opiniones poco favorables con los indígenas de entonces, pródigas en desprecio, prejuicio, incompreensión y torpeza. Esta *satanización de toda una cultura* tiene su contraparte en el esclarecimiento apasionado y beligerante de la importancia de los iquitos en la construcción de este territorio, a la par que se vuelve una imponente extirpación de mentiras sistemáticas y mal intencionadas contra los habitantes de aquel tiempo, incapaces de ser entendidos o valorados dentro de un raciocinio falsamente superior.

Hay detalles maravillosos, que parten de las fuentes, pero también de la destreza narrativa con la que Vílchez construye el relato. Podríamos considerar que se intentó generar una conexión, una relación de concordia y calma, una oportunidad para que ambos linajes se entendieran sin necesidad de imponerse el uno sobre el otro, pero solamente fue una oportunidad perdida, que se transformó finalmente en sometimiento del recién llegado; el cual tuvo su correlato en la protesta manifiesta de los iquitos contra la obligaciones y cargas exigidas por los misioneros, contra los cobros abusivos de los gobernadores por productos que extraían de sus propias tierras o contra la coacción que se ejercía sobre su libertad, arrebatada paulatina pero demoledoramente.

El camino recorrido para la construcción de la nueva ciudad se salpicó de posteriores momentos de despojo y exclusión. Desde la llamada «maldición republicana», la llegada de los barcos de Ramón Castilla —a mediados del siglo XVIII—, o la codiciosa política de explotación del caucho (que trajo dolor y muerte a las naciones originarias), estas manifestaciones tejieron las bases de una ciudad ajena a los designios y hábitos del origen. «Los iquitos habían habitado en el sitio de la ciudad un tiempo nada desdeñable. Es probable

que ellos pensaron quedarse a morar por siempre en la metrópoli» (p. 167), pero este deseo se tornó inviable, dada la atención que los nuevos habitantes prestaban a modas pasajeras, a pretensiones y manierismos foráneos o a la alienación más absurda y bochinchera; subvalorando el respeto al bosque o a lo sagrado, generando tensiones insalvables que forzaron a los habitantes originarios a la retirada definitiva.

La nación asediada, entonces, se embarcó en ruta hacia su propia semilla. Sus habitantes regresaron a las tierras aledañas del río Nanay. Fue un éxodo duro, plagado de abusos, peste, muerte y olvido, pero también un registro de extrema resistencia y obstinada vocación por la libertad. Desde aquella lejanía donde empezaron los antepasados, se mantuvo el vigor espiritual, a pesar de pérdidas y mutilaciones, como una lucha contra la exclusión y la marginalidad, como una redención victoriosa sobre las fauces simbólicas del tigre.

La ciudad que jamás imaginaron los iquitos se erigió sobre las ruinas de su linaje y sigue incólume, aunque su coraza de oropel se ha ido debilitando y permite vislumbrar que aquella titánica leyenda de una ciudad de majestuosa generación espontánea no solamente resulta artificio incierto, sino torcido. Solo así podremos construir verdaderos cimientos ecuménicos de nuestra propia historia e iniciar una reconexión con el pasado que implique la reivindicación de aquellos hombres y mujeres bravíos e indómitos, vigilantes de nuestro tiempo y nuestra memoria.

PACO BARDALES

Palabras iniciales

En nuestra memoria no se esfumaba ese remoto antepasado que se alzaba solitario y heroicamente sobre el desastre final. En la inhóspita y pavorosa soledad de un cementerio andino le rodeaban difuntos olvidados, momias perdidas, adornos para el tránsito hacia el reino del más allá. En ese desolado trance tenía una flauta de piedra. Un instrumento musical en medio de los enterrados. Arte vitalicio que se oponía a la traición cósmica del sepulcro. Todo se había apagado en el silencio de la tumba. Pero él seguía entonando las entrañables melodías desde que salía el sol hasta que se ocultaba. No le importaba que las notas no sonaran y que nadie lo escuchara. No le importaba la cercanía pavorosa de la ruina y proseguía siempre insumiso tocando para los oídos de la secreta eternidad. El sonoro nombre del remoto linaje que designaba a la ciudad de Iquitos, como una invocación que venía desde el pasado ya fatalmente perdido, me hacía recordar a ese artista anónimo que se obstinaba en seguir pese al desastre definitivo.

En la intemperie del árido clima del olvido y la temperatura indiferente, los iquitos persistían callados y anónimos. ¿De qué lugar vinieron para luego quedarse sin estar presentes? ¿Qué designio los salvó del anonimato a través de las edades? ¿Cómo lograron el milagro de dejar como herencia una palabra invulnerable, una sola palabra intacta? Era inevitable que me acosara el misterio que los había hecho evitar los desmanes del tiempo, sobrevivir en la memoria y ser siempre actuales ante las generaciones. El nombre les bastaba para lograr todo eso, para emerger de las ruinas acumuladas. Pero nada más resaltaba de esa nación ida. Era como si todo lo demás hubiera sido devorado por el ingrato túnel del olvido. Parecía que

habían partido sin remedio como tantos otros habitantes que poblaban ese inmenso océano de verdores.

Entonces, no sabía que un puñado de hombres y mujeres habitaban todavía donde antaño vivieron sus antepasados. No lo sabía, y en mis desordenadas como impetuosas consultas bibliográficas sobre el pasado de estas tierras, en esa inmersión en los anales de la dispersión más desesperante, de la flagrante contradicción del hecho o del dato, de las impresionantes lagunas entre infolios, los descubrí casualmente. Entonces ya se habían convertido en obsesión y en desvelo. El hallazgo fue toda una revelación. Allí estaban los extintos, los olvidados, los perdidos. A partir de ese momento empecé a seguirles la pista, en una angustiosa persecución, en un delirante rastreo. Mientras realizaba cualquier otra consulta, los esperaba, los invocaba. La tenaz empresa rara vez daba sus frutos. Era desesperante seguir el rastro de esos antepasados, pero el recuerdo de ellos permanecía palpitante y vivo. Entonces navegaba por inseguras aguas, me internaba en palizadas intrincadas y no encontraba nada, me sumergía en remolinos prometedores que resultaban ser espejismos. No pensaba escribir sobre ellos todavía. Era únicamente el hecho de recobrar pasajes y jirones de esos hombres y mujeres que arribaron primero a poblar estas tierras móviles. Era solamente buscarlos, como quien persigue un enigma desaparecido o acosa un fantasma que se ha ido.

En acumulados años logré obtener datos aislados, referencias fragmentadas, que siempre me llenaban de nostálgica frustración. ¿Dónde encontrarlos viviendo en las marañas, andando por los inúmeros caminos y navegando por los vastos ríos que no guardan huellas, elaborando la savia que conecta lo cósmico con lo terrenal? ¿Cómo podía perfilar una semblanza acertada si todo era dispersión y tinieblas? El paso del tiempo me fue entregando otros datos que los hicieron más evidentes. Así logré leer las únicas crónicas escritas modernamente sobre ellos, conseguí saber que la última parcialidad estaba en los márgenes del río Nanay, supe además que cada cierto

tiempo venían a la ciudad a realizar presentaciones folclóricas. ¿Nada más que danza y canto eran quienes dieron el nombre a la ciudad? ¿No tenían acaso mayor trascendencia si habían demostrado que lo esencial se salva siempre? ¿Cómo es que habían dejado su nombre enarbolado a través de los siglos? ¿Qué podían enseñarnos desde su gesta sin estridencias ni claudicaciones?

Los fantasmas habían adquirido insólita actualidad y vigencia por entonces. Ese fue el momento en que intenté escribir sobre ellos. Conseguí esbozar crónicas inseguras, escritos incipientes, que más parecían estampas superficiales. Por lo mismo, nunca conocieron la lectura de los infaltables amigos, mucho menos la publicación. Pero, en esos garabatos iniciales, en esos balbuceos del comienzo descubrí que para referirse a los iquitos había que emplear los recursos de la imaginación, de la interpretación antes que la puntualidad del dato. La ausencia de fuentes no dejaba ninguna otra salida. Las crónicas de los misioneros tampoco eran garantía de nada, pues a veces un hecho tiene dos o más versiones. La contradicción abunda en esas páginas. Era inevitable que la operación se convirtiera en un riesgo. Pero era necesario entrar en ese desafío para alcanzar la paz que dejan las obsesiones sacadas del fuego. Es por eso que en muchos pasajes del libro abundan las interrogantes, las preguntas hechas al borde de esos vacíos inevitables que deja un linaje del pasado en estas comarcas. En ese sentido, el presente es un libro inacabado, siempre abierto a nuevos hallazgos y descubrimientos.

En el censo de los reiterados desastres de estas tierras, en el catastro de las tantas derrotas emerge con alucinante nitidez la extinción de los linajes. En todo el territorio amazónico hay un inmenso panteón diseminado. Sombras ya entre los fugaces, apenas nombres en despreciados olvidos. Hombres y mujeres sepultados no solamente por el terror de los males o de las pestes, los catastróficos cataclismos enviados por una naturaleza que a menudo es ciega e irracional, sino por la mano del hombre que no vaciló en empuñar las armas contra sus semejantes. Encima de esas urnas perdidas habitamos.

Escribir sobre los iquitos entonces era como descorrer el velo de esas sepulturas selladas, combatiendo sorda y sórdidamente contra las desapariciones extendidas, contra las fosas de los vastos entierros. Además, ocuparme de ellos se volvió un esfuerzo descabellado por recuperar algo de los muchos rostros anteriores a la máscara disimulada.

La clave fue reconstruir o recuperar no tanto la historia o la biografía de los iquitos, sino su registro espiritual, su aliento sagrado, su rostro interior. Era como sublevarse ante ciertos estribillos cómodos que hablan de la fundación de un mestizaje feliz sin tener en cuenta a los perdedores, a los lisiados que no muestran síntomas de recuperación. Las víctimas todavía pueden cuestionar discursos fáciles y hasta interesados. En arduas y enconadas búsquedas logré perfilar el inicio del libro, escribiendo uno de los mitos que manejan los sobrevivientes de aquella raza, salvadora idea que me sugirió en plena calle y en estricto domingo Miguel Donayre. Al avanzar en la escritura me di cuenta que dicho linaje se convertía en emblema de la raza amazónica debido a su dominio insuperable del medio, a su destreza en manejar los secretos vegetales, a su exaltación existencial. Descubrí también que dicho linaje tenía insospechados vínculos con la historia inicial de la ciudad, con algunos eventos en la floresta y no me quedó más remedio que seguir el impulso y combinar ambas historias, aprovechando las circunstancias para decir algunas cosas que ya para entonces había descubierto.

El ejercicio de la escritura podía liberarme entonces de la pesadilla, porque podía recobrar algo de quienes se habían ido, conjurar momentáneamente los maleficios del tiempo y recobrar ilusoriamente una parte del pasado que está poblado de sepulcros. La redacción del libro fue accidentada, frecuentemente interrumpida no por la falta del dato, de la circunstancia que permitiera la fluidez de la escritura, sino por una especie de desazón, de remordimiento por estar hablando de tantos ausentes. Un remordimiento tenaz que acaso tenía que ver con el sentimiento trágico de que todo es perecedero,

de que toda materia humana no se transforma, únicamente muere, pese a lo que puedan decir los pretenciosos consoladores. Estar permanentemente ante ese abismo no fue nada cómodo. Pese a todo, decidí no interrumpir la escritura y seguir.

Los otros libros podían esperar su turno. Entonces esta obra se convirtió en simulacro de recuperación de enterrados, resurrección de perdidos, búsqueda de ancestros. Era como ascender al eslabón oculto de la primera sangre. Y mientras lo redactaba no dejaba de pensar en los linajes perdidos, en los hombres y mujeres desaparecidos de todas las edades que lapidan la espeluznante historia humana.

Cuando terminé de redactar el libro, cuando decidí acabar con su tormento, dejando en el tintero de la memoria un título imposible de ser redactado en las circunstancias en que me muevo por estos tiempos, tarea para un futuro casi inmediato, pude entonces sentirme en paz con ese remoto antepasado que se alzaba heroicamente sobre la destrucción final. En el cementerio andino puede ahora, rodeado de difuntos olvidados, de momias perdidas, de adornos para el tránsito hacia el mundo de ultratumba, seguir entonando su flauta de piedra. Somos efímeros, pero podemos cantar en secreto desde el último desierto. Todo puede estar apagado en el misterio y el silencio del sepulcro, pero él debe insistir tercamente. No importa que las notas no suenen y que nadie lo escuche. No importa nada y él debe insistir en su descabellado y hermoso combate y proseguir tenazmente enviando los ecos de su música a los oídos de todos los soles y las lunas del mundo, como los iquitos que desde la distancia de los siglos siguen entonando su flauta pétrea personal, aunque nadie realmente los escuche.

PERCY VÍLCHEZ VELA
Iquitos, enero de 2001

Capítulo primero

La estrategia compartida

Entonces desde la exuberante espesura, como la confirmación de un terror ancestral, de un pánico acumulado a través de las edades, surgió la manifestación y la evidencia del tigre fatal¹. Sigiloso, voraz y ávido, el monstruo había descubierto la ubicación del territorio de los iquitos después de algunas pesquisas y estaba dispuesto a todo para exterminar. El maléfico felino emitió el infernal rugido desde sus entrañas carniceras, evidenció la bóveda de sus fauces hambrientas, mostró la amenaza de sus zarpas afiladas, para así iniciar la despiadada persecución contra los moradores de aquella nación. La estirpe supo que había llegado el grave y desgarrador momento de dejar las aldeas queridas, las sementeras levantadas con esfuerzo, los ríos dominados, los montes conquistados. La hora del destierro —un destierro que duraría más de un siglo, que condenaría al linaje a un azaroso peregrinaje, que causaría muertos por doquier, que destruiría la antigua unidad en el bosque y que dejaría como pavoroso saldo un puñado de sobrevivientes en el lejano futuro— había sonado.

En su afán de dominio y destrucción, el repentino tigre mudó de piel, se vistió con el uniforme único de la sotana, esgrimió el emblema de la cruz, se pertrechó con elementos de la escritura, se dotó de armas contundentes. Era marzo de 1737, cuando el felino envió una comitiva de avanzada con el fin de atraparlos para luego aglu-

¹ Para la redacción de este capítulo y la consiguiente presencia del felino fue vital la conversación personal con el señor Jaime Paima Peña, acumerario moderno de los iquitos del presente, para quienes las calamidades que asediaron a la estirpe eran provocadas por los virulentos ataques de un tigre.

tinarlos en una sede lejana y convertirlos a una extraña creencia. Era el primer zarpazo de los forasteros a partir del cual iban a venir todas las calamidades posteriores. El guía de dicha legión fue el jesuita Andrés de Zárate, estaba acompañado de cuatro misioneros, cuatro soldados y ciento cincuenta indios de apoyo. En cierto tramo de la incursión, unos cuantos expedicionarios se desgajaron de la comitiva comandada por el religioso castellano y siguieron un incierto rumbo. Los extraños, mientras avanzaban por el intrincado ámbito del monte, debieron recordar los rumores que corrían sobre los huidizos iquitos. Era fama entonces que los mencionados indígenas eran guerreros por figura y genio, intrépidos en el momento de acometer, fieros y decididos a toda hora, incapaces de admitir la derrota, negados para ceder posiciones aun en las circunstancias más adversas. Atrevidos y arrojados hasta la temeridad.

Entonces, derrotando el terror al tigre intruso, venciendo el miedo a la pesadilla surgió de la espesura el intrépido y audaz iquito². Él estaba allí, listo a demostrar que la leyenda era verdad, que coraje era lo que más le sobraba. Entre el furor y la furia de su estirpe se atrevió a enfrentarse a los extraños, completamente desarmado y valiéndose de la fuerza y contundencia de sus puños. Convertido en una auténtica fiera humana, en un verdadero vendaval desenfrenado, el indígena los embistió sin reparar en la evidente superioridad armada de los advenedizos ni sentir temor ante su clara desventaja numérica. Los forasteros tuvieron que retroceder muy asustados ante tal arrojado e intrepidez de un supuesto salvaje. Solamente era uno contra el mundo, y no hacía caso de peticiones de armisticio o trámites de paz. En un acto desesperado, los extraños, en número de ocho, le cayeron encima con el afán de reducirlo fácilmente.

² La información sobre el osado iquitense fue tomada de *Noticias auténticas del gran río Marañón*, de Pablo Maroni. Las referencias cotidianas sobre los iquitos, de las tantas conversiones diseminadas, provienen de *Diario de un misionero de Maynas*, de Manuel Uriarte.

El guerrero desconocido adquirió entonces una fuerza desmesurada y descomunal y batalló brutalmente para escaparse, agredió sin dar ni pedir cuartel, insultó en el idioma ignorado por sus captores, hasta que media hora después de intensa lucha quedó reducido, pero no derrotado.

Es que en esas condiciones de desventaja flagrante no adoptó el aire del vencido, no suplicó clemencia ni aceptó los tramposos presentes de los otros, esos regalos anodinos y banales que pretendían ser la visa para abrir las sendas de las posteriores conversiones. Y, además, se negó a probar alimento, desdeñó las muestras amicales y se mantuvo en un hosco y despreciativo silencio. Un silencio poblado de signos indescifrables, de claves misteriosas, donde podía latir el inquebrantable sello del linaje, el orgullo de la conquista primera de ese territorio, el desdén hacia los que llegaron después con ansia de dominio y avasallamiento. Un silencio que era la manifestación del desafío supremo al abismo final, del desprecio del ser a punto de caer, del hervor de la dignidad máxima, de la protesta extremada contra los abusos de los otros, del intento de conservar Intactos los secretos indomables. Nada necesitaba de nadie. ¿Cómo el prisionero Tzinacán que conocía acaso las palabras mágicas que podían aniquilar a las huestes hispanas se negó a pronunciarlas? El rastro de tan singular personaje se pierde a partir de ese silencio blindado. Pero, la lección que su valentía suicida deja a los venideros es impresionante.

Es que ese temerario ataque individual adquiere connotación colectiva al anunciar los instantes cumbres de la proverbial rebeldía amazónica, de la peculiar y enconada protesta selvática. He ahí uno de los símbolos, uno de los tantos símbolos que surgen del ser original y autóctono. El beligerante iquito prefigura la herencia contestataria que surge en momentos dramáticos donde cesan las abulias y los relajos, para abrir paso a una furia tantas veces retrasada que estalla repentinamente. El solitario indígena belicoso recogió la herencia insubordinada de los pueblos nativos, que comenzaron a manifestarse a partir del alucinado viaje de Orellana, y se anticipó a su

tiempo al surgir de la maleza en trance de batalla solo contra el mundo, como solos contra el mundo han vivido y viven los amazónicos, al dar batalla sin cuartel. El citado era entonces un desbocado centinela de las fronteras originales, un alucinado guardián del territorio autónomo. No le importó la evidente desventaja con que combatía como anunciando a los secoyas que en 1638 se sublevaron contra las falanges numerosas de don Pedro Texeira. No suscribió nunca la rendición como las huestes comandadas por Juan Santos Atahualpa. No tuvo cálculos ni miedos como tantos rebeldes con causa que en el mundo verde han existido.

En estrictos términos del linaje de los iquitos, la heroica y colosal batalla personal de ese indígena ignorado es el pedestal del inicio de un encono compartido, el ara del comienzo de una interminable acción de resistencia que combinó la furia y el júbilo, lo serio y lo lúdico, el rechazo y la hospitalidad. Todo ello para impugnar o desacreditar o neutralizar el daño ocasionado por el tigre mítico que en esa coyuntura andaba con promesas de un cielo para mañana, con la impertinencia de los códigos impuestos de improviso. La rebelión compartida fue instaurada para defender los límites del ámbito original, la sede del principio. Esa estrategia fue desde el enfrentamiento franco y a pecho descubierto, el constante retroceso hacia las lejanías del territorio verde, hasta la puesta en escena de la simulación y la máscara, como mecanismos no solamente de existencia en condiciones difíciles, sino de afirmación de la estirpe contra la constancia de las amenazas.

Ágiles, escurridizos, obstinados, los iquitos siempre fueron reacios a toda forma de contacto con quien quiera que fuera. No habían nacido para mezclarse con otros linajes ni para convivir con ellos en las aldeas primeras. De allí que preferían mantenerse alejados de los demás, de los otros. La fama de beligerantes que tenían combinaba con esa urgencia de soledad y de distancia. La esencia de la libertad que ardía en sus pechos, inspirada seguramente por la amplitud de los bosques entrañables, el perpetuo discurrir de los ríos sin límites,

la cercanía de los dioses y el legado de sus dones, impregnó sus vidas desde tiempos inmemoriales de un pronunciado sentido de la independencia. Autónomos en la soledad de la morada que los albergaba, habían logrado asentarse como amos y señores del bosque. Habían conseguido vencer a enemigos que vivían en el mismo bosque con el empuje del coraje y la fuerza de las armas. En ese entonces nada más necesitaban. Pero ante la presencia de ese tigre vestido con sotana, dotado de un poderío bélico mayor, de una estrategia sincronizada y de efectivos con una gran capacidad de persuasión, era inevitable que diseñaran un eficaz e inteligente programa de resistencia. De esa manera jugaron su apuesta mayor, ejecutaron su prueba de fuego para defender al linaje del exterminio final.

En el manual de sus vidas no figuraba la rendición sin coraje y sin combate. Tampoco presentar la adoración y la pleitesía a discutidos becerros de santuarios ajenos e incomprensibles y a amos verticalistas. Ese vitalismo incesante por defender el ser propio, la autenticidad de la herencia, la intangibilidad del territorio primigeniamente ganado, la cultura creada en el arduo aislamiento, adquirió variadas facetas cuando arribaron los castellanos. En esa actitud de los ancestros, cuyo nombre designa a la ciudad más importante de la Amazonía peruana, hay una admirable e indesmayable coherencia, que pasma y sorprende a la luz de los siglos transcurridos. Todo ocurrió como una estrategia perfectamente diseñada, como un plan cívico articulado para evitar el avasallamiento.

En la lejanía del angosto y serpenteante río Tigre, en esa arteria de aguas oscuras y enigmas boscosos, el señor Anacachuja era jefe de una parcialidad de indios iquitos. El acumerario —líder máximo de dicha nación— tomó como un asunto absolutamente personal la presencia de los invasores en varias cuencas amazónicas. En los inicios de la entrada misionera él ya estaba en contacto con los extraños. Esa relación fue inevitablemente conflictiva. En una situación, nada clara, se le despertó una inaudita furia que arribó al desborde de la violencia, episodio sangriento donde llegó a matar a

dos personas. El padre José de Bahamonde lo hizo atrapar con sus esbirros y lo envió preso a la cárcel de San Joaquín de Omaguas. Era evidente que Anacachuja detestaba el desolado frío de su celda, el oprobio del forzado encierro y la aburrida rutina de los días iguales. En una operación riesgosa y espectacular, se escapó. Y, por obra y gracia de su soberana voluntad, se convirtió en un líder volante y de emergencia de todos los indios iquitos habidos y por haber. Así se volvió el bastión de una enconada resistencia bastante peculiar, pues su furia no estaba orientada contra los castellanos, sino contra los mismos iquitos, que por cualquier motivo querían tener contacto con los extraños.

Entonces, dotado de una apreciable destreza de armas y de una innata capacidad peleadora, se dedicó a espantar con bronca a sus paisanos, a impedirles el letal contagio. Solitario en su rebelión, no escatimó esfuerzo ni furia y muy pronto adquirió indiscutida fama en ese sector de la maraña. Era por ello una rotunda amenaza contra el esbozado programa de los conversores, que consideraban de suma importancia fundar una aldea en esa zona para que sirviera de puente y bisagra para aglutinar a los indígenas dispersos, los indígenas huidizos. El belicoso Anacachuja estaba perjudicando el impetuoso avance del evangelio con sus provocaciones, sus camorras, sus emboscadas. La campaña que llevaba a cabo había conseguido sus fines refractarios, y muchos nativos no se atrevían a salir de sus aldeas por temor a ser atacados por el terrible defensor de la intangibilidad del territorio forestal. Otros le tenían encono y no querían verlo ni en pintura. Era, pues, una fortaleza atravesada en el camino de la conquista castellana del bosque. Por eso, era crucial sacarlo de ruta, neutralizarlo antes de que fuera demasiado tarde. Así fue que uno de los misioneros decidió hacerle una seductora oferta. Envío mensajes y promesas a tan enconado nativo, le endulzó la ira con prebendas celestiales y agasajos para un lejano futuro. En un comienzo Anacachuja no mostró mayor interés en ceder ante las súplicas ajenas y siguió haciendo de las suyas en los montes. El misionero insistió

tercamente, ofreciendo convertirlo en el líder de la fundación de un asentamiento que albergaría a todos los iquitos. El señuelo hizo titubear la campaña de Anacachuja. Comandar el plantío de una aldea era seductor, desde luego. Así que el enconado líder aceptó realizar las coordinaciones para una entrevista, poniendo la condición que no quería encontrarse con dos fulanos a quienes no podía ver desde hace tiempo. La condición fue aceptada sin murmuraciones al poco tiempo de haber sido planteada.

Anacachuja abandonó el río Tigre desnudo, armado con dos lanzas. Era escoltado por una buena dotación de partidarios, a algunos de los cuales dejó ocultos en el bosque protegido por centinelas y arribó al pueblo de Santa Bárbara. Dos personas lo acompañaban en esa importante gestión: un adjunto enfermo y desnudo, y una de sus hijas, igualmente desnuda. Luego de los saludos de rigor, el misionero le concedió el perdón por sus pasados pecados, le ofreció la primicia en la fundación de un pueblo en el río Blanco y pasó a realizar el ceremonial religioso. Cuando le enseñaba a hacer la señal de la cruz, el indígena estalló en carcajadas. ¿Por qué? Es cierto que Anacachuja se quedó varios días en la aldea como si fuera un peregrino que añoraba establecerse, que recibió una buena cantidad de regalos y que se marchó prometiendo crear de inmediato el pueblo. Esa conducta lo hizo parecer como un potencial converso, pero más tarde salió a flote su verdadero rostro. El pueblo que fundó Anacachuja se llamó San José de los Iquitos, pueblo efímero, comarca fugaz.

Después de un mes el misionero supo que Anacachuja había bajado tres días por el río Blanco con una multitud de nativos iquitos. Supo también que se habían cortado árboles y limpiado malezas para las chacras. Finalmente, el religioso se enteró que el pueblo estaba ubicado en un lugar alto y llano. Es a partir de ese asentamiento liderado por Anacachuja que se comienza a conocer las verdaderas intenciones del susodicho. En efecto, no se trataba de someterse a los dictados de los misioneros, se trataba de obtener las herramientas, caro y apreciado negocio de los indígenas, ambición secreta de los

nativos que podría explicar el origen de muchas migraciones con supuestos rasgos religiosos y fundaciones conversoras. Porque entonces hubo una verdadera invasión de hombres, mujeres y niños que iban en busca del misionero para contarle que estaban en la aldea de Anacachuja, y no escatimaban caminar un día y medio para pedir hachas y anzuelos, fundamentalmente. Anzuelos y hachas, con una rotunda reiteración, que hace deducir que el líder tenía su propio plan cuando aceptó cumplir los deseos de los forasteros. La actitud de Anacachuja entró en franco litigio con los intereses misioneros.

Es por ello que el pueblo languideció rápidamente. No logró sobrevivir mucho tiempo y el misionero supuso que todo terminó por sus pecados y desidias. El golpe definitivo para San José y el supuesto protagonismo conversor de Anacachuja ocurrió cuando apareció el padre Juan Saltos. Este quiso evitar la desmedida ambición de los iquitos por las herramientas y, al parecer, trató de inducir a Anacachuja para que cambiara esa tendencia. Este también tenía lo suyo y cuestionó al misionero con ímpetu y determinación. La desavenencia se solucionó de una manera tajante. Anacachuja se olvidó de las promesas, de su afán de dirigir una aldea, de los planes de apropiación de logros ajenos y se marchó profundamente disgustado del lugar, el convertido no era tal. En forma secreta e invisible había conservado su identidad y no soportó el escozor de las pulgas ajenas. En los años posteriores de las misiones jesuitas, Anacachuja simplemente desapareció como si lo hubiera tragado la tierra.

El señor Riame era acumerario de los necamumus, una parcialidad de indios iquitos asentada en el río Necamumu. Desde esa lejanía acuática y terrestre demostró ser bastante original, porque en ningún momento de su relación con los castellanos empleó la violencia del ataque o la emboscada traicionera. Era probablemente un convencido y adelantado pacifista que detestaba el empleo de la fuerza y el derramamiento de sangre. Y para no caer en las redes de los conversores empleó la estrategia de la promesa incumplida, de la eterna postergación. Era un consumado escapista que sabía utilizar

sus recursos para convencer a los que querían someterlo. El fiscal Alberto Aruño fue comisionado por los misioneros para entablar contacto con el aparentemente dócil Riame y los suyos, quienes recibieron hachas, anzuelos y otras donaciones, y prometieron ir a poblar Santa Bárbara con la condición de que no los juntaran con los yameos; esos suicidas reincidentes debido a la invencible melancolía que les produjo el desarraigo de su territorio, el hecho de vivir en las conversiones. Es decir, parecieron aceptar la reducción sin mayores trabas o reticencias. Pero alguien cometió el error de contradecir esa puntual solicitud y torpemente los reunió con los nativos citados en San Pablo de Napeanos. Error grave.

Entonces Riame se olvidó de su supuesta sumisión y con una buena dotación de iquitos se mandó cambiar al monte. Allí acabó su interés de incrementar la aldea jesuita. No respetó ninguna promesa ajena o suya, no aceptó cualquier disculpa tardía, no escuchó las súplicas ansiosas y los ruegos pertinentes para regresar a Santa Bárbara. Nada. El pacífico líder había sido ofendido terriblemente y eso no lo iba a olvidar. Como los extraños seguían insistiendo en sus trece, Riame se embarcó en una odisea de promesas al por mayor para poblar otro pueblo. Mientras juraba que en cualquier momento aparecería con sus seguidores se iba alejando más de los castellanos. En esas andanzas se convirtió en una perpetua fuga, una eterna huida. Nunca decía no, rechazaba la prédica ajena, no mostraba encono contra nadie, pero cada vez ponía más distancia entre él y las conversiones. Así que se internaba más y más en la espesura, desde donde mandaba decir que ya iba a aceptar la propuesta, dentro de poco, en cualquier momento.

Y los misioneros fueron a la tumba convencidos de que Riame, en un instante inesperado, cumpliría con su palabra.

En la espera de tan experto y fino esquivador, los misioneros perdieron un tiempo precioso, y no se dieron cuenta que en San Juan Nepomuceno ocurría una silenciosa y secreta huida de aquellos indígenas que aparentemente habían aceptado el cadalso de la

conversión. En poco tiempo en dicho lugar no quedaba ni un alma ni para la correspondiente muestra. Entonces, para remediar esa soledad surgió la figura del padre Jaime Torres dispuesto con ardiente afán a remediar el despoblamiento repentino. La tarea no le fue nada fácil, sin embargo. Escoltado y apoyado por los yameos hizo varias entradas por el río Tigre. Después arribó a las turbulencias del Necamumu. En tantas incursiones y diligentes gestiones consiguió convencer a unos sesenta iquitos para que nuevamente hicieran vivir a la citada aldea. De esa manera, San Juan Nepomuceno surgió de su primera ruina, se alzó sobre sus iniciales cenizas. No por mucho tiempo, claro. Y luego quedó para siempre en los brazos del ingrato abandono. Muchos años después, don Manuel Uriarte, no encontró ni la sombra de una huella de esa conversión edificada en los inicios de la gesta jesuita, como veremos en su momento.

Entre el comportamiento del iquito ignorado, del enconado Anacachuja, del pacifista Riame y de los anónimos fugitivos de las aldeas, hubo una alianza compartida de resistencia que no buscó necesariamente aniquilar al otro, sino simplemente defender su derecho a conservar su autonomía, su derecho a ser distintos. Era una rebelión que adquirió varios rostros y formas contra las pretensiones de los otros. Las heroicas actitudes de esos miembros del linaje de los iquitos los pintan de cuerpo entero. Indomables, indóciles con causa, refractarios siempre, fueron un problema serio para los misioneros. Libres en los campos, dueños y señores de los bosques, soberanos entre las variadas aguas, inspirados por los ámbitos interminables, por la certeza de lo mágico, diseñaron su propia estrategia de resistencia para oponerse y para afirmarse a través de la incertidumbre de esa época de horrores reiterados.